

La Argentina del exilio español

Cuando estalló la guerra civil española, la Argentina estaba gobernada por el general Agustín P. Justo; cuando concluyó, el primer magistrado era el doctor Roberto M. Ortiz; cuando terminó la segunda guerra mundial, regía los destinos argentinos un gobierno militar dominado por el entonces coronel Juan Perón. Salvo este último, los nombres anteriores significan poco o nada para el público español. En la memoria colectiva de los argentinos, en cambio, ellos remiten a una Argentina muy distinta a la actual: una nación opulenta y promisoría, una sociedad simple y sin mayores conflictos, un Estado relativamente pequeño, un pueblo escasamente conectado con la problemática del mundo contemporáneo.

Hacia 1936 la Argentina había superado los efectos más duros de la crisis que la azotara desde 1929. Su dirigencia había transferido la crisis a los sectores populares, prefiriendo preservar lo que daba en llamarse «las fuentes genuinas de la riqueza nacional», es decir, los canales productivos de carnes y cereales. Había habido miseria y desocupación, pero en el comedio de la década la economía ya se había estabilizado, las exportaciones aumentaron notablemente, las fuentes de trabajo crecieron y el país retomaba el impulso que lo había animado desde fines del siglo anterior. Esta recuperación se percibía en todos los campos: en el agro, castigado rudamente por la crisis, pero ahora en plena expansión; en la incipiente industria, dedicada a sustituir importaciones, y hasta en los terrenos de la educación y la cultura. Era, entonces, una nación pujante, imaginativa y robusta: el más chico de los países grandes —solía decirse en esos años— o el más grande de los países chicos... En todo caso, un país con un futuro aparentemente abierto, inagotable.

Esta prosperidad se notaba en el paisaje urbano y rural. Buenos Aires, con sus anchas avenidas y sus grandes plazas, ofrecía un agradable aspecto al recién llegado. La edificación no mostraba construcciones elevadas, pero sí barrios de casas de buen nivel o vecindades donde la arquitectura francesa proponía sus teorías de mansardas y suntuosas verjas. Esta perspectiva se multiplicaba en las grandes ciudades del interior o en los pueblos pampeanos y constituía la evidencia de una sociedad con buena calidad de vida, razonablemente consumista y estructurada sin diferencias sociales irritantes.

El Estado era chico y eficaz. La mayoría de los servicios públicos estaba en manos de empresas privadas, muchas de ellas británicas, y la acción gubernativa casi no interfería las regulaciones propias del mercado después de las medidas intervencionistas adoptadas para paliar la crisis. Era la tradición liberal, apoyada en una fuerte asociación con Gran Bretaña, el gran cliente y el gran inversionista de la Argentina: un ensamble tradicional que había permitido a nuestro país cierta independencia de movimientos

frente a la hegemonía de Estados Unidos en el hemisferio americano, lo que no dejaba de alimentar el orgullo nativo.

La política era sencilla en su formulación práctica. Dos grandes partidos se enfrentaban clásicamente: el radical y el conservador. Evidentemente mayoritario, el radicalismo había sido desplazado del poder en 1930 por un golpe militar que terminó entregándolo a una alianza de signo conservador. Ello permitió el acceso a la presidencia del general Justo, político inescrupuloso y hábil que cumplió las formalidades constitucionales a costa de un permanente fraude electoral, pero que, a cambio de estos pecados, hizo una progresiva administración. Su sucesor fue el doctor Ortiz —hijo de vascos— que debería vivir durante su presidencia dramáticas alternativas de salud que terminaron por obligarlo a dimitir de su cargo. Los radicales clamaban contra las mañas que les impedían el retorno al poder, pero entretanto se avenían a compartirlo en niveles inferiores, y así las cosas andaban razonablemente bien. Había un partido socialista con vigencia en la ciudad de Buenos Aires, y un pequeño partido comunista que trataba de capitalizar la inquietud que suscitaba en los medios intelectuales el avance del nazifascismo en Europa. Existían, naturalmente, corrientes de pensamiento que iban desde la simpatía con los regímenes totalitarios hasta el anarquismo puro; pero en el terreno político que realmente contaba, todo se solventaba en el contrapunto más aparente que real, entre radicales y conservadores.

En este contexto, la sociedad argentina iba definiendo sus rasgos característicos. Con una extensa clase media de origen inmigratorio, la fluidez de su movilidad interna justificaba la fe con que habían trabajado aquellos italianos, esos españoles, estos judíos y árabes que llegaron desde fines del siglo pasado y que ahora veían a sus hijos consagrados como médicos, abogados, dirigentes de empresa o funcionarios del Estado. Pacata y conservadora en sus costumbres, se manejaba con estereotipos invariables y convenciones implícitas que eran alimentadas por un sistema de información y opinión sostenido por los grandes diarios, las revistas para el hogar, las numerosas *broadcastings*, un cinematógrafo predominantemente norteamericano (aunque ya existía una buena producción argentina) y una gran influencia de la Iglesia católica, sobre todo en las clases altas. Los sectores proletarios, en la imagen compuesta por los bienpensantes, no existían: se agrupaban silenciosamente en algunos barrios de las grandes ciudades o en los conglomerados que rodeaban a Buenos Aires, pero no disponían de una voz propia resonante, a pesar de que ya existía desde 1930 la Confederación General del Trabajo, que agrupaba a los principales sindicatos, casi todos ellos socialistas o comunistas. Se registraban, naturalmente, bolsones de miseria distribuidos en los alrededores de las grandes ciudades y en zonas alejadas como el Chaco, Tucumán o la Patagonia, pero no había una conciencia de que las situaciones de injusticia social fueran otra cosa que desajustes inevitables que se irían corrigiendo con el tiempo y frente a los cuales nada tenía que hacer el Estado.

Coronaba esta arquitectura una producción artística e intelectual cuya primacía en América Latina era indiscutible. Novelistas, poetas, plásticos, ensayistas, historiadores, periodistas, dramaturgos y músicos encontraban un interesante mercado que permitía al país jactarse del nivel de su cultura. Es probable que hoy juzguemos muchas

de aquellas manifestaciones como insoportablemente misoneístas y convencionales; en su tiempo abrían un espectro pluralista que hacía posibles fecundas polémicas y encontronazos cuya sustancia iba perfilando la posibilidad de expresiones definidas y renovadoras. Las seis universidades nacionales eran selectivas, pero excelentes. Y aunque Carlos Gardel murió en 1935, el tango como expresión nacional por excelencia, le sobrevivía gallardamente.

Esta era, en líneas generales, la Argentina a la que se asomaron los exiliados españoles que fueron llegando a nuestras playas desde 1936. Un país próspero y sólido, donde cualquier hombre laborioso encontraba ubicación. Una sociedad abierta, a la que llegaban atemperados y con retardo los problemas que erizaban de miedo a Europa.

Es difícil imaginar la importancia de la influencia de España en aquellos años. La colectividad hispana era la más numerosa de las extranjeras, y los hijos de españoles formaban virtualmente la mitad de la población. Pero además, era español el aceite con que se freían los alimentos; eran españoles los jabones que se usaban cotidianamente, era españoles la sidra, el coñac, las lentejas, las sardinas, el bacalao, las aceitunas, los porotos, los garbanzos, los ingredientes del copetín, las garrapiñadas, los turrónes... había empresas españolas muy importantes, algunas dedicadas a la navegación, otras al comercio con sucursales que cubrían todo el país, otras que explotaban diversos rubros industriales, como la incipiente actividad editorial. El subterráneo Plaza de Mayo-Palermo de Buenos Aires había sido construido en tiempo *récord* por un consorcio español. El Banco Español o el Banco de Galicia eran instituciones tan robustas y confiables como el Banco de la Nación Argentina. Y había españoles en todos lados, en todos los negocios, en todas las compañías, así como existían gremios donde no había nadie que no fuera español: camareros, porteros, choferes de taxi, *motormen* de tranvías, mucamas, cocineras, almaceneros. Oficios donde la hegemonía gallega era abrumadora y hacía de Buenos Aires la ciudad gallega más importante del mundo.

En los territorios de la cultura, la impronta hispana saltaba a la vista en el teatro, la poesía, el periodismo, la canción popular. Nombres como los de Ortega, Marañón, Azorín, Unamuno y Pérez de Ayala, entre otros muchos, eran familiares a los lectores del suplemento dominical de *La Nación*, el más prestigioso del país, y sus libros llenaban los estantes de las librerías. En los teatros más importantes se presentaban temporadas cubiertas totalmente por elencos españoles, y el género chico señoreaba permanentemente en no pocas salas: eran los tiempos en que nadie desconocía los trozos más notorios de *La Gran Vía* o *La Verbena de la Paloma*... García Lorca estrenaba en Buenos Aires y contaba con seguidores tan fervorosos como en España. Maestros como Amado Alonso habían enseñado (y lo seguirían haciendo) en nuestras universidades, disipando ese viejo prejuicio antiespañol de nuestras élites que venía desde la guerra de la Independencia y, ante la rica creación cultural de la Madre Patria, aceptaba esta vertiente como una de las más ricas contribuciones a nuestra propia identidad.

En suma, la Argentina de mediados de la década del 30 era mucho más española que ahora en lo étnico, lo cultural y hasta lo cotidiano. Una Argentina donde se hablaba más castizamente y el «tú» y el «vos» se usaban alternativamente en el lenguaje coloquial, donde los dichos y refranes que habían llegado de la península con el abuelo

o el padre confraternizaban con el lunfardo; donde el tango y la milonga reconocían sus orígenes en el schottis o el cuplé... Y en esta Argentina, muchísimos de cuyos ciudadanos tenían parientes cercanos en España, las noticias del desgarramiento de 1936 cavaron muy hondamente su sensibilidad; le dolieron como una herida en su cuerpo, y el sangriento proceso de la guerra civil fue seguido apasionada y vehementemente, como un suceso propio.

Fue la primera vez, en muchos años, que un suceso ajeno al país y aún al continente motivó un sacudimiento tan grande en la opinión pública. O más precisamente: fue la primera vez en muchos años que los argentinos entendieron que algo que acontecía fuera de nuestro territorio, también les atañía. Encapsulados en su lejanía geográfica, los argentinos habían visto pasar el desfile de la historia como algo remoto: la primera guerra mundial, la revolución soviética, el ascenso del fascismo, la aparición de Hitler... Esto que ahora ocurría en España, dramatizado en una toponimia familiar a muchos residentes, era en cambio algo que nos involucraba, que tenía que ver con todos nosotros, con nuestro destino como nación. En este sentido, la guerra civil española fue una preparación espiritual para el estallido de 1939. Ya no sería una lejana conflagración cuyos efectos se estudiarían fríamente para saber qué ventajas podíamos obtener: la segunda guerra mundial se vería como un enfrentamiento en que se jugaban valores que también eran nuestros, un envite donde también tallaban nuestras apuestas.

Por eso, el territorio argentino fue una parte de los campos de batalla peninsulares. Aquí también se libraron combates por los republicanos o los nacionales, aunque felizmente incruentos. En la extraterritorialidad de la Avenida de Mayo hubo puñetazos y narices rotas y gritos de «¡No pasarán!» y flechas y yugos, puños cerrados y brazos en alto... La vieja tradición argentina de tomar partido por las cosas de España revivió entonces turbulentamente. También aquí, en el siglo pasado, se había estado a favor de los liberales o los serviles cuando las Cortes de Cádiz; se había sido después isabelino o carlista; se había clamado contra el fusilamiento de Ferrer y echado pestes a Primo de Rivera... De nuevo se vio, en la década de los 30 y a lo largo de la tragedia que se desarrollaba en España, que el problema no era solamente algo concerniente a los españoles. No hubo argentinos neutrales. Hoy leemos —a veces con asombro por la ubicación de ciertos nombres— la posición que adoptaron por contra de la República, las personalidades más conocidas de la política, las letras, las artes y las ciencias argentinas.

Ya se sabe que fueron muchos los españoles que vinieron a la Argentina escapando de los horrores de la guerra civil y de sus secuelas. Sus enormes contribuciones se detallan en este monográfico y no corresponde mencionarlas en estas líneas. Sólo diré que mi país tuvo para con estos exiliados la actitud que debía tener. Si en algún momento los gobernantes de turno pudieron ser reticentes ante la llegada de «rojos» o consintieron que se molestara a algún exiliado como precio a la amistad que cultivaban con Franco, la sociedad argentina les dio no solamente amparo, seguridad y trabajo, sino también fraternal amistad. Pero esto fue lo que debía ser: una infinitesimal parte de la deuda de la Argentina con su matriz original, con su fundadora, la España eterna.

Félix Luna